

XIII 24 HORAS PARA EL SEÑOR
13-14 de marzo de 2026

«He venido para salvar al mundo» (cfr. Jn 12,47)

Subsidio Pastoral

Índice general

Notas introductorias

Parte I. La confesión

Para encontrar motivación y vencer los propios miedos sobre la confesión

El rito del Sacramento de la Reconciliación

Testimonio de conversión de Miguel Vera

Parte II. Vigilia

Premisas

Desarrollo de la vigilia

Mensaje del Papa León XIV

Notas introductorias

*Como cada año, el presente subsidio pretende ofrecer algunas sugerencias para ayudar a las parroquias y a las comunidades cristianas a prepararse para vivir la tradicional iniciativa de las **24 horas para el Señor**. Son propuestas que pueden adaptarse de acuerdo con las necesidades y las costumbres locales.*

En la tarde del viernes 13 de marzo y durante todo el día del sábado 14 de marzo, sería significativo tener prevista la apertura extraordinaria de la iglesia, que ofreciera la posibilidad de acceder a las confesiones, preferiblemente en un contexto de Adoración Eucarística convenientemente preparada. El evento podría comenzar el viernes por la noche con una liturgia penitencial que ayude a los fieles a prepararse para la confesión sacramental, y concluir con la celebración de la Santa Misa festiva del sábado por la tarde.

*En la **primera parte** del Subsidio se presentan algunos pensamientos que permiten reflexionar sobre el significado del Sacramento de la Reconciliación. Los textos preparan a vivir conscientemente el encuentro con el sacerdote en el momento de la confesión individual. También son una provocación para superar las eventuales resistencias que a menudo se contraponen para evitar la confesión. Se ofrecen textos que ilustran el camino de la propia conversión e inspiran nuestras vidas para que realicemos las obras de misericordia, continuando el crecimiento personal después de haber recibido la absolución de los pecados.*

*La **segunda parte** presenta una temática que puede ser utilizada durante el tiempo de apertura de la Iglesia, de modo que aquellos que vengan a confesarse, puedan recibir ayuda en la oración y en la meditación a través de un recorrido basado en la Palabra de Dios.*

Parte I

La confesión

«Te compadeces de todos porque todo lo puedes y disimulas los pecados de los hombres para que se arrepientan. Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces, pues, si algo odias, no lo habrías hecho. Mas tú con todas las cosas eres indulgente, porque son tuyas, Señor que amas la vida» (Sab 11, 23-24.26)

PARA ENCONTRAR MOTIVACIÓN Y VENCER LOS PROPIOS MIEDOS SOBRE LA CONFESIÓN

De la Homilía 36 sobre la medicina que nos sana, de San Agustín

Invoquemos el testimonio de Dios

Frente a las acusaciones de los hombres y a las bajas insinuaciones del género humano, tomemos como juez a Dios; elijámoslo a Él, hermanos, como testigo. No desdeña ser testigo Aquel que es juez; no recibe una promoción al convertirse en juez, pues, siendo ahora testigo, será también juez. Es testigo porque no necesita de otros para saber quién eres. Es juez porque tiene el poder de dar la muerte y otorgar la vida, de condenar y absolver, de arrojar al infierno y elevar al cielo, de enviarnos con el diablo o de coronarnos junto con los ángeles. Teniendo este poder, es juez.

Pero como para conocerte no necesita testigos, Aquel que entonces te juzgará ahora te ve. No podrás engañarlo cuando se disponga a juzgarte. No podrás recurrir a falsos testigos que engañen a ese juez cuando se disponga a juzgarte. Dios te dice: cuando me despreciabas, yo veía; y cuando te negabas a creer, no escapabas a mi juicio: Yo lo difería, pero no lo anulaba. No quisiste escuchar lo que mandé, sufrirás lo que he predicho. Pero si escuchas lo que te mando, no tendrás que padecer los males anunciados, sino que recibirás los bienes prometidos.

No debe impresionar la frase: Mi juicio es verdadero, porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me envió, mientras que en otro lugar dice: El Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado al Hijo todo juicio (cf. Jn 5,22). Ya hemos tratado estas palabras del Evangelio, y ahora nos limitamos a recordarles que no significan en absoluto que el Padre no esté junto con el Hijo para juzgar, sino que a los buenos y a los malos, convocados para el juicio, aparecerá solo el Hijo, en aquella forma en la cual padeció, resucitó y ascendió al cielo, según el anuncio dado por los ángeles a los discípulos que contemplaban su ascensión: Vendrá de la misma manera que lo habéis visto ir al cielo (cf. Hch 1,11); es decir, vendrá a juzgar en aquella forma humana en la que fue juzgado, para que se cumpla la profecía: Mirarán al que traspasaron (Zac 12,10).

Si, en cambio, vamos con los justos a la vida eterna, lo veremos tal cual es, y entonces eso no será el juicio de vivos y muertos, sino solamente la recompensa de los vivos.

Tampoco debe causar dificultad la frase: En vuestra ley está escrito que el testimonio de dos personas es verdadero, como si pudiera pensarse que aquella no fuera la ley de Dios, por no haber dicho “en la ley de Dios”, sino “en vuestra ley”. Sepan que dijo “en vuestra ley” como quien dice: en la ley que os ha sido dada. ¿Y por quién fue dada, sino por Dios? Del mismo modo que nosotros decimos: el pan nuestro de cada día dánoslo hoy (cf. Mt 6,11).

¿POR QUÉ TENGO QUE CONFESARME?

En respuesta a esta pregunta, proponemos un texto del Papa Benedicto XVI y el testimonio de Olivia Hurst.

Benedicto XVI, *Respuestas a las preguntas de los reclusos del Centro penitenciario romano de Rebibbia*, 18 de diciembre de 2011

Sí, es una grande y verdadera cuestión la que usted me plantea.

Le diría dos cosas. La primera: naturalmente, si usted se pone de rodillas y con verdadero amor a Dios le pide que lo perdone, él lo perdona. Es doctrina constante de la Iglesia que si uno, con verdadero arrepentimiento, es decir, no sólo para evitar penas, dificultades, sino por amor al bien, por amor a Dios, pide perdón, recibe el perdón de Dios. Esta es la primera parte. Si yo realmente reconozco que he obrado mal, y si en mí ha renacido el amor al bien, la voluntad del bien, el arrepentimiento por no haber respondido a este amor, y pido a Dios, que es el Bien, el perdón, él lo concede.

Pero hay un segundo elemento: el pecado no es solamente algo «personal», individual, entre Dios y yo. El pecado siempre tiene también una dimensión social, horizontal. Con mi pecado personal, aunque tal vez nadie lo conozca, he dañado asimismo la comunión de la Iglesia, he ensuciado la comunión de la Iglesia, he ensuciado a la humanidad. Por eso, esta dimensión social, horizontal, del pecado exige que sea absuelto también a nivel de la comunidad humana, de la comunidad de la Iglesia, casi corporalmente. Por consiguiente, esta segunda dimensión del pecado, que no es sólo contra Dios, sino que también afecta a la comunidad, exige el Sacramento, y el Sacramento es el gran don en el que puedo, mediante la confesión, librarme de ese pecado y puedo realmente recibir el perdón también en el sentido de una plena readmisión en la comunidad de la Iglesia viva, del Cuerpo de Cristo. Así, en este sentido, la necesaria absolución por parte del sacerdote, el Sacramento, no es una imposición que —digamos— limita la bondad de Dios, sino, al contrario, es una expresión de la bondad de Dios porque me demuestra que también concretamente, en la comunión de la Iglesia, he recibido el perdón y puedo recomenzar de nuevo.

Por lo tanto, yo diría que se han de tener presentes estas dos dimensiones: la vertical, con Dios, y la horizontal, con la comunidad de la Iglesia y de la humanidad. La absolución del sacerdote, la absolución sacramental es necesaria para absolverme realmente de este vínculo del mal y reintegrarme completamente en la voluntad de Dios, en la perspectiva de Dios, en su Iglesia, y darme la certeza, incluso casi corporal, sacramental: Dios me perdona y me recibe en la comunidad de sus

hijos. Creo que debemos aprender a entender el sacramento de la Penitencia en este sentido: una posibilidad de encontrar, casi corporalmente, la bondad del Señor, la certeza de la reconciliación.

Testimonio sobre el poder de la reconciliación por Olivia Hurst

“Mirad todos hacia delante, contra la pared, y permaneced en silencio. Todo esto terminará pronto”. Mientras esperábamos en fila con las manos sudorosas y las cejas nerviosas, tratábamos de recordar el modo de proceder y rezábamos para que la persona que estaba delante de nosotros tardara un poco más. Uno por uno, los niños iban entrando en la pequeña habitación hasta que de repente me encontré al frente de la fila, esperando a que mi maestra me diera la señal de que había llegado mi turno. Una vez que recibí la señal, lentamente me dirigí a la puerta con la pequeña luz verde que había encima de ella, creyendo que esto podría ser muy bien el final. ¡Bien podrías decir que soy una estudiante de arte dramático! Mi primera confesión la hice con mi clase de catecismo, antes de mi primera comunión. Todos estábamos extremadamente nerviosos porque nuestro sacerdote era un hombre intimidante, por lo que nadie quería ser el primero en declararle sus pecados. Las personas más valiente siempre son las primeras. Después de lo que pareció una eternidad en el confesionario, salió y nos dijo al resto que no había sido tan malo como nos lo imaginábamos. Él estaba en lo cierto; claro, yo todavía estaba nerviosa de sólo pensar en tener que acercarme a una habitación para exponer mis pecados a un hombre que apenas conocía, pero no fue tan dramático como había imaginado mi activo cerebro de ocho años. No lo sabía en ese momento, pero pronto no sólo iba a perder mi miedo a la confesión, sino que también iba a esperar con ilusión el sacramento.

El sacramento de la reconciliación ofrece a quienes buscan la misericordia y el perdón de Dios la oportunidad de acudir a Él con el conocimiento de que Él nos ama y quiere perdonarnos. La reconciliación es el reconocimiento y la aceptación de la misericordia divina. Es un lugar para curar las heridas de tu alma. Jesús le dijo a Santa María Faustina: “Cuéntame todo, sé sincera al tratar conmigo, revela todas las heridas de tu corazón. Las sanaré...” Todos tenemos heridas en nuestras vidas que necesitamos reparar. Todos tenemos luchas en nuestras vidas que debemos soportar, y no siempre ganamos. Es en nuestra naturaleza humana imperfecta que a veces caemos. Todo lo que tenemos que hacer en esos momentos difíciles es buscar el consejo de Dios para encontrar el consuelo y la comprensión a través del sacramento de la reconciliación. Uno de los mayores regalos que el Padre nos ha dado es el del perdón a través de este sacramento. Acudir a la reconciliación muestra la voluntad y el deseo de recibir el amor de Dios en toda su plenitud: el camino de la misericordiosa. Para mí, la reconciliación se ha convertido en un salvavidas para mantenerme conectada con el Padre. Como recién graduada de la escuela secundaria, estoy rodeada de tentaciones que intentan

extraviarme. Algunas veces caigo víctima de la tentación, como a todos nos pasa, pero me consuela saber que en mi debilidad puedo recurrir al Padre para buscar fortaleza y sanación en la reconciliación. El tiempo antes de la confesión está lleno de tensión debido al peso de los pecados y a las cargas entre ti y Dios. Es casi como una pelea con un amigo. No deseas nada más que resolver el problema y estar

libre de la tensión que existe entre vosotros, pero tienes miedo de que tu amigo no quiera perdonarte para resolver el problema. Estar en un estado de pecado es similar a esto, excepto que no estás en una pelea con Dios, sino contigo mismo. Esta lucha interna es una batalla constante para que alcancemos un estado de gracia que no podemos tener sin Cristo y su misericordia. Participar en la reconciliación es como resolver el problema; una vez que le ofreces tus pecados y el peso que conlleva, te sientes libre. Esta libertad no es la capacidad de hacer lo que desees sin consecuencias, sino la libertad de abandonar el peso del pecado. Para mí, esta libertad es como volar, en la certeza de que Él me perdonó incluso con todas mis imperfecciones. Está bien que yo sea humana y que cometa errores, porque sé que Dios siempre estará allí para ofrecerme su perdón.

Para mí, la confesión es como el cálido abrazo de un padre que calma a un niño herido y perdido. Me está diciendo que quiere ayudarme y estar ahí para mí. Él me dice que puedo confiar en Él porque Él me ama. No hay condena en este abrazo, sólo amor. No importa lo que haya hecho, el Padre nunca me dará la espalda. Él no nos condena por nuestra humanidad. Él quiere que seamos libres de nuestro pecado. Todo lo que tengo que hacer para recibir esta libertad es abrir mi corazón a su sanación. En última instancia, la reconciliación no se trata de ti y de tus errores, sino de Él y de su Divina Misericordia.

A lo largo de los años, he descubierto que la mejor manera de prepararse para la confesión es sentarse en silencio, preferiblemente en adoración ante el Santísimo Sacramento, pidiéndole a Dios que me prepare para recibir su gracia y perdón. Reflexionando, hago un examen de conciencia basado en los Diez Mandamientos y las Bienaventuranzas para ayudarme a recordar mis pecados pasados. Un sacerdote me dijo una vez que la reconciliación no es sobre el sacerdote, sino sobre la persona que confiesa y la misericordia de Dios que trabaja a través del sacerdote que escucha la confesión. Fue este reconocimiento el que me dio valor para acudir a la confesión cuando yo tenía miedo, y todavía me da consuelo hoy.

Después de la confesión, quiero permanecer en el estado de gracia donde me encuentro en buena relación con Dios, pero también quiero compartir este sentimiento y experiencia con otros. Quiero mostrar a la gente lo buena que es la reconciliación. Para la mayoría de las personas, la confesión es intimidante y desalentadora porque nadie quiere decir lo que ha hecho; es normal querer mantener esas cosas reprimidas. Lo que a mí me ayuda es mirar las estaciones del *Via Crucis*. Jesús cae tres veces bajo el peso de la cruz, y nosotros caemos aún más bajo la carga de

nuestros pecados. La confesión es liberar esa carga, sabiendo que la libertad del pecado y el sentimiento de volar provienen de la reconciliación con el Padre. El último estado de gracia hace que todo valga la pena.

Casi una década después de mi primera confesión, estoy asombrada por el perdón interminable de Dios. Cuando era una niña pequeña me sentí intimidada por mi sacerdote, y ahora que soy una joven adulta veo que la confesión en sí misma es un sacramento intimidante porque desafía nuestra naturaleza humana a mantener nuestras dudas reprimidas. A pesar de esto, podemos acercarnos al confesionario con la seguridad de que, en nuestros errores, podemos encontrar la curación. Me consuela saber que Él continuará liberándome de la carga del pecado. Cada día, Cristo nos invita a aceptar su consejo: “Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno” (*Hb 4,16*). Ningún pecado es más grande que la misericordia de Dios. Dios nos perdonará siempre que se lo pidamos, así que busquemos su misericordia con un corazón abierto a su amor ilimitado.

EL RITO DEL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN

Prepararse para la confesión

*Meditación del Papa Francisco sobre el **Examen de conciencia**, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae, 4 de septiembre de 2018 (de: L'Osservatore Romano, ed. diaria, 05/09/2018)*

Hay dos espíritus, dos modalidades de pensar, de sentir, de actuar: la que me lleva al Espíritu de Dios y la que me lleva al espíritu del mundo. Y esto sucede en nuestra vida: todos nosotros tenemos estos dos “espíritus”, digamos así. Está el Espíritu de Dios, que nos lleva a las obras buenas, a la caridad, a la fraternidad, a adorar a Dios, a conocer a Jesús, a hacer tantas buenas obras de caridad, a rezar. Pero está también el otro espíritu del mundo, que nos lleva hacia la vanidad, el orgullo, la suficiencia, el chismorreó: otro camino.

Nuestro corazón, decía un santo, es como un “campo de batalla, un campo de guerra donde estos dos espíritus luchan. Este el “combate espiritual”. En la vida cristiana se debe combatir para dejar espacio al espíritu de Dios y expulsar al espíritu del mundo.

Sugiero una oración bonita que nosotros podemos hacer todos los días, antes de ir a dormir: mirar un poco la jornada y preguntarse: ¿Pero qué espíritu he seguido yo hoy? ¿El espíritu de Dios o el espíritu del mundo? Esto se llama hacer examen de conciencia: sentir en el corazón qué ha sucedido en esta guerra interior, y cómo yo me he defendido del espíritu del mundo que me lleva a la vanidad, a las cosas mezquinas, a los vicios, a la soberbia, a todo esto. ¿Cómo me he defendido de las tentaciones concretas?

Esto se hace como oración, antes de ir a la cama, hoy: qué sentimientos he tenido. Identificar cuál es el espíritu que me ha empujado a ese sentimiento, me ha inspirado ese sentimiento: ¿es el espíritu del mundo o el espíritu de Dios? Muchas veces, si somos honestos, encontraremos que “hoy he sido envidioso, he tenido codicia, he hecho esto”. Este es el espíritu del mundo.

Es verdad: todos nosotros tenemos dentro esta lucha, pero si nosotros no entendemos cómo funcionan estos dos espíritus, como actúan, no conseguimos ir adelante con el espíritu de Dios que nos lleva a conocer el pensamiento de Cristo, el sentido de Cristo. Tenemos este gran don, que es el espíritu de Dios, pero somos frágiles, somos pecadores y tenemos también la tentación del espíritu del mundo. En este combate espiritual, en esta guerra del espíritu, hay que ser vencedores como Jesús, pero es necesario saber qué camino se recorre. Precisamente por esto es muy útil el examen de conciencia, por la noche ver de nuevo la jornada y decir: “sí, hoy he sido tentado aquí, he ganado aquí, el Espíritu Santo me ha dado esta inspiración”. En resumen, se trata de conocer qué sucede en el corazón.

¿Cómo confesarse?

Cuando el penitente llega a confesar sus pecados, el sacerdote lo recibe amablemente y lo saluda con palabras afables. Él hace presente al Señor misericordioso.

Junto con el sacerdote, haz la señal de la cruz diciendo

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

El sacerdote te invita a tener confianza en Dios, con estas palabras u otras similares:

**El Señor esté en tu corazón
para que te puedas arrepentir
y confesar humildemente tus pecados.**

El sacerdote lee un texto de la Sagrada Escritura, en el que se proclame la misericordia de Dios y se exhorte al arrepentimiento por parte del hombre.

Mt 6, 14-15

**Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas,
también os perdonará vuestro Padre celestial;
pero si no perdonáis a los hombres,
tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas.**

El penitente se acusa de sus pecados. El sacerdote le da los consejos oportunos, le impone la penitencia y le invita a la contrición. El penitente puede decir, por ejemplo:

**Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
no te acuerdes de mis pecados;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor. (Sal 24, 6-7)**

El sacerdote, extendiendo ambas manos o, al menos, la derecha sobre la cabeza del penitente, dice:

**Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo
por la muerte y la resurrección de su Hijo
y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados,
te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz.
Y yo te absuelvo de tus pecados
en el nombre del Padre y del Hijo + y del Espíritu santo.**

El penitente responde: Amen.

Después de la absolución, el sacerdote dice: Demos gracias al Señor porque es bueno. (Sal 117,1)

El penitente concluye: Porque es eterna su misericordia.

El sacerdote despide al penitente, ya reconciliado. El Señor te ha perdonado. Vete en paz.

Oración del penitente:

Dios mío, me arrepiento de todo corazón de todo lo malo que he hecho y de todo lo bueno que he dejado de hacer, porque pecando te he ofendido a ti, que eres el sumo bien y digno de ser amado sobre todas las cosas. Propongo firmemente, con tu gracia, cumplir la penitencia que me ha sido impuesta, no volver a pecar y evitar las ocasiones de pecado. Perdóname, Señor, por los méritos de la pasión de nuestro Salvador Jesucristo.

O bien:

Señor, ten misericordia de mí por tu bondad; aparta tu vista de mis pecados, borra en mí toda culpa; Dios mío, crea en mí un corazón puro, renuévame interiormente con un espíritu firme.

TESTIMONIO DE CONVERSIÓN

Miguel Vera

Me llamo Miguel, tengo 34 años, soy de Asunción, en Paraguay. En mi familia somos once y yo soy el único que ha tenido problemas con la droga. Superé mi dependencia en la «Fazenda de la Esperanza San Rafael» (Casa de la Esperanza San Rafael) en Rio Grande do Sul, en Brasil.

Consumí drogas durante 16 años, desde que tenía 11. Siempre tuve dificultades en la relación con mi familia porque no me sentía ni amado ni comprendido por mis padres. Discutíamos siempre y nuestras relaciones eran muy tensas. No recuerdo haber estado nunca sentado a la mesa para cenar con mi familia. Para mí, la familia era un concepto inexistente. Mi casa era solo un lugar donde dormir y comer.

A los 11 años me escapé de casa porque el vacío dentro de mí era demasiado grande. Seguía estudiando, pero quería la «libertad». Pronto, en un par de meses, probé la droga por primera vez en el camino que me llevaba a la escuela. Eso no hacía más que profundizar el vacío en mí: no quería volver a casa, enfrentar a mi familia, enfrentarme a mí mismo. Después abandoné los estudios y mis padres me dejaron fuera de casa porque habían perdido toda esperanza.

A los 15 años cometí un delito por el cual fui a prisión. Mi padre vino una vez a visitarme en la cárcel y me preguntó si quería cambiar, y yo le respondí que sí. Apenas recuperé la libertad, volví a cometer un delito. Un día cometí otro crimen y fui nuevamente encarcelado, esta vez por seis años, durante los cuales sufrí mucho. No lograba entender por qué ninguno de mis hermanos y hermanas había venido a visitarme. Los años pasaron y cumplí mi condena. Mis padres estaban siempre muy cercanos a la Iglesia.

Un mes después de mi liberación, un sacerdote amigo de la familia me invitó a conocer un lugar llamado «Fazenda de la Esperanza» (Casa de la Esperanza). No tenía ningún propósito en la vida. Todos aquellos años perdidos eran claramente visibles en mi mirada, en mi rostro. Acepté ir y desde mi primera visita comprendí lo que significaba tener una familia. Al principio, las relaciones y la vida en comunidad fueron muy difíciles para mí. En esta comunidad, el método de sanación se realizaba a través de la Palabra de Dios, viviendo la Palabra.

En este proceso de sanación tuve un compañero de habitación a quien al principio no lograba perdonar. Yo necesitaba paz, mientras que él necesitaba amor. Durante los siete meses que pasé en ese lugar, se me encomendó mejorar la administración de la casa. Precisamente gracias a esta tarea comprendí que Dios quería algo de mí. Una vez, mi compañero recibió una carta de su esposa. Su relación no estaba en buen momento. Eso me ayudó a comprenderlo mejor. Le llevé la carta y él me preguntó: «Hermano, ¿puedes perdonarme?», y yo le respondí: «Sí, claro». Desde ese momento nuestra relación se volvió excelente. Dios realmente nos transformó. ¡ÉL nos hace renacer!

Me recuperé completamente hace diez años. Desde hace tres años soy responsable de la casa «Quo Vadis?» en la Casa de la Esperanza en Cerro Chato.

(Testimonio pronunciado con ocasión de la JMJ en Cracovia, en 2016)

Parte II

Vigilia

«La adoración, en su esencia, es un abrazo con Jesús, en el que le digo: “Yo soy tuyo y te ruego que tú también estés siempre conmigo”» (Papa Benedicto XVI, Encuentro de catequesis y de oración con los niños de la Primera Comunión, 15 de octubre de 2005).

Premisas

La Vigilia que tiene lugar durante la iniciativa “24 horas para el Señor” tiene un papel fundamental porque caracteriza todo el evento. Es deseable que la Vigilia se realice con el Santísimo Sacramento expuesto, mientras que uno o más sacerdotes permanecen disponibles para celebrar el Sacramento de la Reconciliación.

La presente Vigilia se inspira en las palabras que Jesús pronunció a la adúltera: “Tampoco yo te condeno”, evidenciando el perdón gratuito, a pesar de que la culpa de la mujer fuera evidente. Todo el pasaje, donde el apóstol Juan describe el encuentro entre Jesús y la adúltera, permite múltiples elaboraciones. Nos centramos en dos aspectos: el primero, subraya el perdón que Jesús está dispuesto a ofrecer a cada hombre, sin importar el pecado que hubiera cometido; el segundo, invita a seguir al Maestro del perdón y a perdonar los pecados a nuestros deudores.

El evento “24 horas para el Señor” está estrechamente relacionado con el tiempo litúrgico: es decir, con el IV Domingo de Cuaresma. La alegría celebrada durante este domingo, conocida en la antigüedad como “*Leatare*”, proviene de la conversión personal, de la reconciliación con Dios y de la gracia recibida en el Sacramento del Perdón. Las lecturas del domingo (*Jos* 5,9a.10-12; *Sal* 33; *2Cor* 5,17-21; *Lc* 15,1-3.11-32) subrayan el poder del perdón y la gracia de la tierra prometida, concentrándose en la historia del hijo pródigo. La iniciativa ha sido colocada precisamente en los días previos al IV Domingo de Cuaresma para dar la posibilidad a todos los fieles de reconciliarse con Dios y prepararse, de esta manera, para la Pascua que está cerca.

Durante el transcurso de la iniciativa *24 horas para el Señor* es oportuno subrayar los contenidos indicados anteriormente. Sin embargo, desarrollo mismo y la elección de los temas y de los pasajes bíblicos se dejan siempre a la discreción de los pastores y de los organizadores del evento que, en las diversas partes del mundo, conocen mejor las necesidades de los fieles confiados a su cuidado pastoral.

La praxis de los años anteriores muestra que la iniciativa se desarrolla normalmente de tres maneras:

1. En las pequeñas comunidades como por ejemplo en los hospitales o parroquias/rectorías con un número relativamente bajo de fieles.

En este caso, toda la iniciativa se desarrolla normalmente el viernes por la tarde. Se podría iniciar el evento con la Liturgia penitencial, para luego exponer el Santísimo Sacramento y, con la Adoración Eucarística silenciosa o animada por un grupo de oración (según las

posibilidades y necesidades de la comunidad), invitar a todos a la reconciliación sacramental con Dios. .

2. En las parroquias más numerosas (sobre todo en las áreas urbanas), en las prefecturas (y/o vicariatos/decanatos) o allí donde se decide organizar el evento en varias parroquias/comunidades.

Sería recomendable empezar la noche del viernes con la Santa Misa o bien con la Liturgia de la Palabra. A continuación, se expone el Santísimo Sacramento y se inicia la Adoración Eucarística, animada por diferentes grupos parroquiales o de varias parroquias.

Los responsables establecen tanto el programa de toda la Adoración como su duración, asegurando los turnos para las confesiones de los fieles.

3. En las iglesias catedrales, basílicas, santuarios, o bien en las parroquias y en los lugares de culto que sean más significativos para la Iglesia local y elegidos cuidadosamente por el Ordinario o bien por las personas responsables.

El evento debe organizarse de manera más solemne, subrayando la universalidad de la Iglesia que lo celebra al mismo tiempo en todo el mundo. La iglesia debería permanecer abierta incluso de noche, con la Adoración Eucarística animada por varios grupos de oración y por diversas comunidades. Es deseable que el Ordinario y los Obispos estén presentes al menos al principio y al final del evento, dando también su disponibilidad en la celebración del Sacramento de la Reconciliación. Se debe asegurar la presencia constante de uno o más sacerdotes dispuestos para escuchar las confesiones.

Siempre que sea posible, un grupo de fieles, especialmente formados y preparados, podría invitar a las personas que pasan cerca de la iglesia a entrar y participar en el evento (especialmente en las iglesias centrales de la ciudad, en los centros históricos y turísticos, en los lugares de gran afluencia de personas, etc.). Una simple invitación, una palabra de bienvenida, una explicación del evento son a menudo una ocasión para iniciar una conversación mucho más seria, convirtiéndose en un momento real de evangelización. A menudo, los fieles laicos, especialmente entre quienes reciben sistemáticamente la formación en varias comunidades y grupos de oración, pueden realizar un excelente servicio en la preparación para la confesión, dialogando con personas que no han asistido a la iglesia por algún tiempo y podrían sentirse incómodas en la presencia directa e inmediata del sacerdote.

Con el fin de adaptar la propuesta de la Vigilia a las exigencias particulares de una comunidad específica (parroquia, capilla de un hospital, monasterio, rectoría, santuario, etc.), se pueden elegir los cantos. Para profundizar en los temas presentados en los textos bíblicos propuestos, se sugiere preparar una meditación o bien elegir algunos testimonios, de acuerdo con las exigencias y posibilidades de la propia comunidad.

INICIO DE LA VIGILIA LITURGIA PENITENCIAL

Mientras el presbítero y los ministros se acercan al presbiterio, la asamblea canta el himno u otro canto apropiado.

SALUDO Y MONICIÓN

C: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

R: Amén.

C: La misericordia y la paz estén con todos vosotros.

R: Y con tu espíritu.

C: Hermanos y hermanas, también hoy Jesús misericordioso nos dirige la palabra de perdón y nos invita a la conversión. Abramos nuestros corazones para que la gracia de Dios pueda obrar en nosotros. Encomendemos a nuestras hermanas y hermanos, especialmente a aquellos que se han alejado de Dios, para que, en estas veinticuatro horas dedicadas de manera especial, en toda la Iglesia, a la reconciliación, puedan escuchar la voz del Salvador: “Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más”.

Todos se recogen por un tiempo en oración silenciosa.

C: Oh Dios, Padre bueno y grande en el perdón, acoge en el abrazo de tu amor a todos los hijos que vuelven a ti con ánimo arrepentido; recúbrellos con los vestidos de salvación, para que puedan participar de la alegría del banquete pascual del Cordero. Él que es Dios y vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura Is 43,16-21

Del libro del profeta Isaías

Esto dice el Señor, que abrió camino en el mar y una senda en las aguas impetuosas, que sacó a batallas carros y caballos, la tropa y los héroes; caían para no levantarse, se apagaron como mecha que se extingue. «No recordéis lo de antaño, No penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis? Abriré un camino en el desierto, Corrientes en el yermo. Me glorificarán las bestias salvajes, chacales y avestruces, porque pondré agua en el desierto, corrientes en la estepa, para dar de beber a mi pueblo elegido, a este pueblo que me ha formado para que proclame mi alabanza».

L: Palabra de Dios

R: Te alabamos Señor.

Salmo Responsorial (Del Salmo 102)

R: *El Señor es bueno y rico en clemencia.*

Bendice, alma mía al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía al Señor,
y no olvides sus beneficios.

Él perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa,
y te colma de gracia y de ternura.

El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.
No nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas.

Como dista el oriente del ocaso,
sí aleja de nosotros nuestros delitos.
Como un padre siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por los que lo temen;

Aclamación al Evangelio (Cfr. Jl 2,12-13)

Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Convertíos a mí de todo corazón, dice el Señor,
porque el Señor es compasivo y misericordioso.

Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Evangelio

C: El Señor esté con vosotros.

R: Y con tu espíritu.

C: Lectura del Santo Evangelio según San Juan

(8,1-11)

R: Gloria a ti, Señor.

En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?». Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo.

Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra». E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer en medio, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?». Ella contestó: «Ninguno, Señor». Jesús dijo: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más».

C: Palabra del Señor.

R: Gloria a ti, Señor Jesús.

Sigue la homilía.

CONFESIÓN GENERAL DE LOS PECADOS

Después de una breve pausa de reflexión a continuación de la homilía, el celebrante dice:

C: Confiados en la misericordia de nuestro Señor, que no nos condena sino que nos exhorta siempre a la vida de gracia, confesamos nuestros pecados.

C: Señor, enviado por el Padre para salvar a los afligidos de corazón, ten piedad de nosotros.

R. *Señor, ten piedad.*

C: Cristo, que viniste a llamar a los pecadores, ten piedad de nosotros.

R. *Cristo, ten piedad.*

C: Señor, que intercedes por nosotros ante el Padre, ten piedad de nosotros.

R. *Señor, ten piedad.*

ORACIÓN DEL SEÑOR

Todos se ponen de pie

C: Y ahora, elevemos nuestra oración a Dios, nuestro Padre, para que perdone nuestros pecados.

R: Padre nuestro,

que estás en el cielo,

santificado sea tu Nombre;

venga a nosotros tu reino;

hágase tu voluntad

en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;

perdona nuestras ofensas,

como también nosotros perdonamos

a los que nos ofenden;

no nos dejes caer en la tentación,

y líbranos del mal.

RITO DE LA PAZ

C: Queridos hermanos, movidos por las palabras de Jesús, que desea perdonar nuestras ofensas si también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, como señal del perdón recíproco, intercambiamos ahora un gesto de reconciliación y de paz.

Todos intercambian un signo de paz.

Se inicia la exposición del Santísimo Sacramento “more solito” y la Adoración Eucarística que durará hasta el final de las “24 horas para el Señor”.

Sigue el tiempo para las confesiones y la absolución individual.

Al final de la Vigilia, se da la bendición solemne con el Santísimo Sacramento. En algunos lugares, especialmente allí donde la iniciativa de las “24 horas para el Señor” se ha realizado de manera solemne, concluyendo el sábado por la tarde, se podría celebrar la Santa Misa vespertina del IV Domingo de Cuaresma o bien las Primeras Vísperas.

DESARROLLO DE LA VIGILIA

El presente texto es una propuesta que luego debe ser concretada e inculturada, de acuerdo con las tradiciones locales.

Teniendo en cuenta la duración de la vigilia, el número de participantes, las posibilidades organizativas y otros factores, la animación de la Adoración Eucarística podría realizarse por turnos, con un cambio temático después de cada hora.

Durante la celebración de la vigilia no deben faltar los momentos de oración silenciosa ante el Santísimo Sacramento.

GUIÓN DE UN TURNO

Expuesto el Santísimo Sacramento, después de un momento de silencio, el coro o grupo musical interpreta un canto. Sigue la lectura del pasaje bíblico:

Del Libro del Profeta Isaías (1,10-19)

Oíd la palabra del Señor,

príncipes de Sodoma;

escucha la enseñanza de nuestro Dios,

pueblo de Gomorra.

“¿Qué me importa la abundancia de vuestros sacrificios? – dice el Señor –.

Estoy harto de holocaustos de carneros,

De grasa de cebones;

la sangre de toros, de corderos y chivos

no me agrada.

Cuando venís a visitarme, ¿quién pide algo de vuestras manos

para que vengáis a pisar mis atrios?

No me traigáis más inútiles ofrendas,

son para mí como incienso execrable.

Novilunios, sábados y reuniones sagradas:

no soporto iniquidad y solemne asamblea.

Vuestros novilunios y solemnidades los detesto;

se me han vuelto una carga que no soporto más.

Cuando extendéis las manos me cubro los ojos;

aunque multipliquéis las plegarias, no os escucharé.
Vuestras manos están llenas de sangre.
Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones.
Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien.
Buscad la justicia, socorred al oprimido,
proteged el derecho del huérfano, defended a la viuda.
Venid entonces, y discutiremos —dice el Señor—.
Aunque vuestros pecados sean como escarlata,
quedarán blancos como nieve;
aunque sean rojos como la púrpura,
quedarán como lana.
Si sabéis obedecer,
comeréis de los frutos de la tierra”.

L. Palabra de Dios

R. Te alabamos, Señor

Permanecemos en silencio.

TESTIMONIO/MEDITACIÓN

A continuación, se presenta un testimonio de conversión. Este testimonio podría ser pronunciado por una persona que esté dispuesta a compartir cómo el Señor ha tocado su corazón con la gracia del perdón, o bien un testimonio leído (por ejemplo, en el presente subsidio se ofrece el testimonio de Miguel Vera). En caso de que no fuera posible presentar el testimonio, se podría proponer un texto meditativo, como el que sigue a continuación:

Exposición sobre el Salmo 35, San Agustín

Ver la luz de Dios

Así que, hermanos, seamos hijos de los hombres, esperemos bajo la sombra de sus alas, y embriaguémonos con la abundancia de su casa. Hablé como pude, y como puedo veo, pero no puedo expresarme conforme a lo que veo. Se embriagarán de la abundancia de tu casa; y les darás a beber del torrente de tus delicias. Se llama torrente al agua que viene impetuosa. Habrá ímpetu de

misericordia divina, para regar e inundar a los que ahora ponen su esperanza bajo la sombra de sus alas. ¿Cuál es esa delicia? Es como un torrente que embriaga a los sedientos. Ahora, pues, el que tenga sed que ponga su esperanza; el sediento tenga esperanza: se embriagará con la realidad; antes de poseer la realidad, esté sediento en esperanza. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados (Mt 5, 6).

¿De qué fuente serás regado, y de dónde mana un tan abundante torrente de sus delicias? Porque en ti, dice, está la fuente de la vida. ¿Quién es la fuente de la vida, sino Cristo? Vino a ti en carne para rociar tu garganta sedienta; saciará al que tiene esperanza, él, que roció al que tenía sed. Porque en ti está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz. Aquí una cosa es la fuente y otra la luz; allá no será así. Porque lo que es la fuente, eso mismo es la luz; llámalo como quieras, pero no es lo que tú lo llamas: no se puede encontrar un nombre apropiado, no se contiene en un solo término. Si dijeras que es sólo luz, se te respondería: No es razonable decir de mí que tengo hambre y sed; porque ¿quién puede comer la luz? Con toda verdad se me ha dicho: Dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios (Mt 5, 8); si es luz, prepararé mis ojos. Prepara también tu garganta, porque lo que es luz, también es fuente: fuente porque sacia a los sedientos; luz porque ilumina a los ciegos. En este mundo frecuentemente en un lugar es luz y en otro fuente. Hay veces que las fuentes fluyen en las tinieblas; y otras veces en pleno desierto sufrirás el sol, y no encontrarás la fuente; aquí ambas cosas pueden separarse; allá no te fatigarás porque es la fuente, y no estarás en tinieblas porque es la luz.

Después del testimonio/meditación se entona un canto y se permanece en oración silenciosa.

A continuación, toda la asamblea puede pronunciar la siguiente oración de intercesión.

ORACIÓN DE INTERCESIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

A ella, mujer profundamente pacífica, reina e la paz, nos dirigimos:

Ruega con nosotros, Mujer fiel, sagrado seno del Verbo.

Enséñanos a escuchar el grito de los pobres y de la madre Tierra,
atentos a las llamadas del Espíritu en el secreto del corazón,
en la vida de los hermanos, en los acontecimientos de la historia,
en el gemido y en el júbilo de la creación.

Santa María, madre de los vivos,
mujer fuerte, dolorosa, fiel,

Virgen esposa junto a la Cruz,
donde se consuma el amor y brota la vida,
sé tú la guía de nuestro compromiso de servicio.

Enseñanos a detenernos contigo junto a las infinitas cruces
donde tu Hijo sigue crucificado,
donde la vida está más amenazada;
a vivir y dar testimonio del amor cristiano
acogiendo en cada hombre a un hermano;
a renunciar al oscuro egoísmo
para seguir a Cristo, verdadera luz del hombre.

Virgen de la paz, puerta de la esperanza segura,
¡acoge la oración de tus hijos! Amen.

(de la meditación del Santo Padre León XIV en la Vigilia de Oración y Rosario por la paz. Plaza de San Pedro, 11 de octubre de 2025)

Se entona un canto y se permanece en oración silenciosa hasta el final del turno de oración.

Dependiendo de la duración de la vigilia, se puede repetir este esquema, cambiando los pasajes bíblicos y los cantos, y alternando los testimonios, las meditaciones y las oraciones.

Teniendo en cuenta el tiempo litúrgico de la Cuaresma, se podría incluir también el *Via Crucis*. Se puede proponer también la oración del Santo Rosario y/o de la Corona a la Divina Misericordia.

Algunos pasajes bíblicos para componer otros turnos de la vigilia: *Salmo 51* (salmo de arrepentimiento); *Mt 6,1-21* (limosna – oración – ayuno); *Lc 6,27-38* (amor a los enemigos – no juzgar); *Lc 24,13-34* (los dos discípulos en el camino de Emaús).

Como alternativa, tanto para la profundización individual como para la celebración comunitaria, se propone la *Mensaje del Santo Padre León XIV para la Cuaresma 2026*.

MENSAJE DEL SANTO PADRE LEÓN XIV PARA LA CUARESMA 2026

Escuchar y ayunar.

La Cuaresma como tiempo de conversión

Queridos hermanos y hermanas:

La Cuaresma es el tiempo en el que la Iglesia, con solicitud maternal, nos invita a poner de nuevo el misterio de Dios en el centro de nuestra vida, para que nuestra fe recobre su impulso y el corazón no se disperse entre las inquietudes y distracciones cotidianas.

Todo camino de conversión comienza cuando nos dejamos alcanzar por la Palabra y la acogemos con docilidad de espíritu. Existe, por tanto, un vínculo entre el don de la Palabra de Dios, el espacio de hospitalidad que le ofrecemos y la transformación que ella realiza. Por eso, el itinerario cuaresmal se convierte en una ocasión propicia para escuchar la voz del Señor y renovar la decisión de seguir a Cristo, recorriendo con Él el camino que sube a Jerusalén, donde se cumple el misterio de su pasión, muerte y resurrección.

Escuchar

Este año me gustaría llamar la atención, en primer lugar, sobre la importancia de dar espacio a la Palabra a través de la escucha, ya que la disposición a escuchar es el primer signo con el que se manifiesta el deseo de entrar en relación con el otro.

Dios mismo, al revelarse a Moisés desde la zarza ardiente, muestra que la escucha es un rasgo distintivo de su ser: «Yo he visto la opresión de mi pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor» (Ex 3,7). La escucha del clamor de los oprimidos es el comienzo de una historia de liberación, en la que el Señor involucra también a Moisés, enviándolo a abrir un camino de salvación para sus hijos reducidos a la esclavitud.

Es un Dios que nos atrae, que hoy también nos conmueve con los pensamientos que hacen vibrar su corazón. Por eso, la escucha de la Palabra en la liturgia nos educa para una escucha más verdadera de la realidad.

Entre las muchas voces que atraviesan nuestra vida personal y social, las Sagradas Escrituras nos hacen capaces de reconocer la voz que clama desde el sufrimiento y la injusticia, para que no quede sin respuesta. Entrar en esta disposición interior de receptividad significa dejarnos instruir hoy por Dios para escuchar como Él, hasta reconocer que «la condición de los pobres representa un grito

que, en la historia de la humanidad, interpela constantemente nuestra vida, nuestras sociedades, los sistemas políticos y económicos, y especialmente a la Iglesia».

Ayunar

Si la Cuaresma es tiempo de escucha, el ayuno constituye una práctica concreta que dispone a la acogida de la Palabra de Dios. La abstinencia de alimento, en efecto, es un ejercicio ascético antiquísimo e insustituible en el camino de la conversión. Precisamente porque implica al cuerpo, hace más evidente aquello de lo que tenemos “hambre” y lo que consideramos esencial para nuestro sustento. Sirve, por tanto, para discernir y ordenar los “apetitos”, para mantener despierta el hambre y la sed de justicia, sustrayéndola de la resignación, educarla para que se convierta en oración y responsabilidad hacia el prójimo.

San Agustín, con sutileza espiritual, deja entrever la tensión entre el tiempo presente y la realización futura que atraviesa este cuidado del corazón, cuando observa que: «es propio de los hombres mortales tener hambre y sed de la justicia, así como estar repletos de la justicia es propio de la otra vida. De este pan, de este alimento, están repletos los ángeles; en cambio, los hombres, mientras tienen hambre, se ensanchan; mientras se ensanchan, son dilatados; mientras son dilatados, se hacen capaces; y, hechos capaces, en su momento serán repletos». El ayuno, entendido en este sentido, nos permite no sólo disciplinar el deseo, purificarlo y hacerlo más libre, sino también expandirlo, de modo que se dirija a Dios y se oriente hacia el bien.

Sin embargo, para que el ayuno conserve su verdad evangélica y evite la tentación de enorgullecer el corazón, debe vivirse siempre con fe y humildad. Exige permanecer arraigado en la comunión con el Señor, porque «no ayuna de verdad quien no sabe alimentarse de la Palabra de Dios». En cuanto signo visible de nuestro compromiso interior de alejarnos, con la ayuda de la gracia, del pecado y del mal, el ayuno debe incluir también otras formas de privación destinadas a hacernos adquirir un estilo de vida más sobrio, ya que « sólo la austeridad hace fuerte y auténtica la vida cristiana».

Por eso, me gustaría invitarles a una forma de abstinencia muy concreta y a menudo poco apreciada, es decir, la de abstenerse de utilizar palabras que afectan y lastiman a nuestro prójimo. Empecemos a desarmar el lenguaje, renunciando a las palabras hirientes, al juicio inmediato, a hablar mal de quienes están ausentes y no pueden defenderse, a las calumnias. Esforcémonos, en cambio, por aprender a medir las palabras y a cultivar la amabilidad: en la familia, entre amigos, en el lugar de trabajo, en las redes sociales, en los debates políticos, en los medios de comunicación y en las comunidades cristianas. Entonces, muchas palabras de odio darán paso a palabras de esperanza y paz.

Juntos

Por último, la Cuaresma pone de relieve la dimensión comunitaria de la escucha de la Palabra y de la práctica del ayuno. También la Escritura subraya este aspecto de muchas maneras. Por ejemplo, cuando narra en el libro de Nehemías que el pueblo se reunió para escuchar la lectura pública del libro de la Ley y, practicando el ayuno, se dispuso a la confesión de fe y a la adoración, con el fin de renovar la alianza con Dios (cf. Ne 9,1-3).

Del mismo modo, nuestras parroquias, familias, grupos eclesiales y comunidades religiosas están llamados a realizar en Cuaresma un camino compartido, en el que la escucha de la Palabra de Dios, así como del clamor de los pobres y de la tierra, se convierta en forma de vida común, y el ayuno sostenga un arrepentimiento real. En este horizonte, la conversión no sólo concierne a la conciencia del individuo, sino también al estilo de las relaciones, a la calidad del diálogo, a la capacidad de dejarse interpelar por la realidad y de reconocer lo que realmente orienta el deseo, tanto en nuestras comunidades eclesiales como en la humanidad sedienta de justicia y reconciliación.

Queridos hermanos, pidamos la gracia de vivir una Cuaresma que haga más atento nuestro oído a Dios y a los más necesitados. Pidamos la fuerza de un ayuno que alcance también a la lengua, para que disminuyan las palabras que hieren y crezca el espacio para la voz de los demás. Y comprometámonos para que nuestras comunidades se conviertan en lugares donde el grito de los que sufren encuentre acogida y la escucha genere caminos de liberación, haciéndonos más dispuestos y diligentes para contribuir a edificar la civilización del amor.

Los bendigo de corazón a todos ustedes, y a su camino cuaresmal.